COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.

Dn Francisco Oliver

MADRID:

—

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno y un gran número de sainetes, entremeses, unipersonales y piezas en un acto.

Comedias del Teatro antiguo del tamaño de 4º.

Abre el ojo ó aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ó la comedia nueva,
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama,
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungria.
Hijos de Edipo ó Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes.
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Mónstruo de celos.
Mágico de Salerno.
Mas ilustre fregona (cinco partes
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Mónstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuerza
Otelo ó moro de Venecia (trag
Pintor finjido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave Maria.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

TRES NOCHES

ó

EL ALMA DE UNA ARTISTA,

comedia original en 3 actos

DE D. FRANCISCO OLIVER.

MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE D. ANTONIO YENES,
Plaza del Progreso, núm. 13.

1851.

PERSONAJES.

MATILDE, Condesa de Haltoff.
MARÍA.
MARTA, doncella.
MARQUÉS DEL LAGO.
PABLO.
JULIAN, criado.
ALBERTO, id.

Esta comedia es propiedad de la Sra. Viuda de Yenes, y no podrá representarse sin el permiso del autor D. Francisco Oliver, quienes perseguirán ante la ley á los que la reimpriman ó la representen sin su debida autorizacion.

ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

Todo el acto se representa en un salon muy lujosamente adornado.

Marta y Julian.

(Mientras Julian arregla los muebles, entra Marta precipitadamente).

Marta. ¿Ha vuelto la señorita?

Julian. No, Marta, pero va á llegar luego y no hallará arreglado su tocador. Anda V. muy preocupada hace algunos dias..... desde que conoció V. á ese gallardo lacayo del banquero.

Marta. Vamos, señor Julian, le he repetido á V. ya un millon de veces que asuntos de familia me tienen muy atareada, y es inútil por lo mismo me ponga V. nuevas banderillas.

Julian. ¡Jesus, Marta! Sepa V. que el viejecito Julian desde la guerra de la Independencia acá curó sus cataratas. A menudo imagino que de tanto como voy viendo he de quedarme ciego, y á buen seguro no será una jovencita de veinte años, aunque muy gentil, la que me coja en sus redes.

Marta. ¡Ah! Señor Julian, mas valiera no hubiese

716825

usted visto nada nunca si es preciso que lo tome V. todo al revés.

Julian. ¡Bah!..... el lacayo es muy buen mozo.....

Marta. Dale con ella.

Julian. Ademas, ¡servidor de un banquero! Esta es una prebenda, que ya se ve, no se encuentra en todos los pescantes.

Marta. Jamás cesaria nuestra querella si me empeñase en contradecirle á V.

Julian. Porque digo las verdades, las amistades se van.

Marta. Porque chochea V. como todos los viejos.

Julian. Marta, un centinela veterano vale mas que una compañía de reclutas; y si doy la voz de alerta, es porque mi señora la condesa puede muy bien incomodarse de los desvíos de V., desde algun tiempo á esta parte.

Marta. Y si no los advierte, V. se los hará conocer. ¿No es esto lo que quiere V. decir?

Julian. Al contrario: la aconsejo á V. para que no esperimente el disgusto de verse despedida.

Marta. Se lo agradezco á V., Julian. Estoy en favor con la señorita, y me disculparia cuando supiese los motivos de mis cortas ausencias.

Julian. ¡Cortas!!!

Marta. Sí señor, lo repito..... Pero cuán tonta soy entreteniéndome con polémicas; voy al tocador.

Julian. Vaya V. con Dios. (*Marta sale*).

ESCENA II.

Julian, sonriéndose.

Julian. Es preciso regañarla un poco, pero ¿quién pone frenos á la juventud? ¡Oh! ¡la juventud! Yo tambien tenia esos fuegos, tambien esperimentaba esa necesidad de placeres, de bullicio y de movimiento; pero pasó, y ahora me satisface reprimir por lo mucho que me han reprimido. Además, la señorita no es severa, y si no fuese por mí, que de

RBC/NcU

tiempo en tiempo pongo órden..... pero aquí viene mi señora la condesa.

(Julian se dirije á la puerta, saluda y sale).

ESCENA III.

Matilde y el marqués del Lago.

Matilde. Créalo V., marqués; no es lo mas aparente de la vida lo que revela nuestros sentimientos. Muy á menudo quedan ocultas nuestras mas vehementes impresiones, y ninguno de los que nos miran adivina que mientras el semblante se muestra apacible, el corazon se halla revuelto, y se tiene la imaginacion agitada.

Marqués. Esto es un engaño, Matilde, que se deberia castigar. La franqueza no permite que se oculten las sensaciones.

Matilde. Dios mio, marqués, es V. aun muy niño, ó no cree V. lo que acaba de decir. Si no fuese por ese engaño, como le llama V., el mundo le pareceria horroroso, porque á cada instante encontraria semblantes descompuestos ó desencajados.

Marqués. ¿De tal modo cree V. en la felicidad?

Matilde. Palabra muy agradable, que halaga, que recopila en un mismo tomo bellos recuerdos, ilusiones presentes, y esperanzas halagüeñas; pero si la busca V. inalterable, es un sueño que desespera.

Marqués. Matilde, está V. hoy desconsoladora.

Matilde. Usted lo ha querido, marqués, pretendiendo hacerse conmigo el visionario, me ha sido indispensable por mi espíritu de contradiccion deshojar el ramo de flores que me ha ofrecido V.

Marqués. Siendo así, para que salgan de sus hermosos lábios palabras de dulzura, es preciso exhalar lamentos.

Matilde. No tanto, marqués. Sé tambien aclimatarme á todas las temperaturas, pero no cuando estoy con mis amigos.

Marqués. Esta esplicacion, Matilde, es un bien posi-

tivo que me hace adorar la frialdad de espíritu que acaba V. de demostrar.

Matilde. Pues bien, no dude V. que cuando soy incrédula, es porque me complazco en tener que buscar algo en que pueda creer.

Marqués. Mujer estraordinaria. Dios no creó otra semejante. Con una mano dirije V. el dardo y con la otra prodiga V. el bálsamo de consuelo.

Matilde. Sin embargo de estos pensamientos que guardo para conversaciones particulares como la que tenemos, estoy siempre risueña, me hallo contínuamente dispuesta á demostrar alegría en medio de la sociedad. Y no se imagine V., marqués, que por esto finjo. A mí me gusta mucho el gran mundo, soy idólatra de él, le pertenezco como esclava.

Marqués. Es verdad. Por esto se la contempla á V. como la mujer mas amable, mas encantadora de nuestros círculos.

Matilde. Dejémonos de lisonjas, marqués, pero confieso que sin esa atmósfera de grandeza que me rodea no podria vivir. Siento una necesidad imperiosa de esos perfumes que me halagan. Así como se ambiciona la gloria, yo apetezco remontarme de mas á mas á una posicion elevada.

Marqués. Es V. admirable, Matilde. Otra mujer no se atreveria á confesarlo.

Matilde. ¿Por qué no? Es un deseo como otro cualquiera, es una voluntad imperiosa que me ha dominado completamente desde mi niñez, es mi primer delirio.

Marqués. ¿Y no apetece V. hacer partícipe á alguien de esos goces?

Matilde. Marqués, esta es otra cuestion mas difícil de resolver.

Marqués. Sin embargo, me intereso mucho por ella.

Matilde. Quiere V. ser muy galante hoy, marqués.

Marqués. Me he decidido á demostrar á V. cuán apasionado estoy por sus encantos.

Matilde. Pretende V. chancearse.

Marqués. No, Matilde; puede V. abrirme un cielo

que hasta ahora solo me ha sido permitido entrevér.

Matilde. Es de muy mal diplomático avanzar tanto terreno antes de prevenirse para una derrota.

Marqués. ¡Cómo, condesa, serian desoidos mis votos!

Matilde. Ya no soy una niña. Estas declaraciones deben serme dirigidas con mucha premeditacion, y por lo mismo, semejante propuesta debemos aguardar á resolverla en otro momento.

Marqués. ¿Quiere V. hacerme sufrir?

Matilde. Deseo saber hasta dónde llega la pasion de usted.

Marqués. ¡Matilde!

ESCENA IV.

Los mismos y Julian.

(Julian aparece á la puerta con indecision).

Julian. Señora.

Matilde. (Con enfado). ¿Qué quieres?

Julian. Siento infinito incomodar á V., señora, pero el hombre que ha venido ya repetidas veces á decir que indispensablemente tiene que hablar con V., se empeña en este instante en que ha de entrar. Dice que la ha visto á V. bajar del coche y que moverá un escándalo si no se le permite la entrada. Nuestras amenazas no le intimidan.

Matilde. Qué quiere ese insolente?

Marqués. Que le echen á la calle.

Julian. Moverá un alboroto.

Marqués. Se le castigará.

Matilde. (Reflexionando). Dejadle que entre.

Marqués. Cómo, Matilde, permite V. que llegue hasta aquí?

Matilde. Tal vez, marqués, pueda convenirme. Quizá necesita mucho de mi proteccion.

Marqués. Si es V. tan buena!

Matilde. Vé, Julian.

(Julian se va).

ESCENA V.

Matilde y el marqués.

Marqués. Ahora me convenzo mas que nunca que las cualidades de V. llegan hasta tocar todos los estremos.

Matilde. Es indispensable hacerlo así. A menudo durante nuestra vida debemos dejar abiertas nuestras puertas para que entren por ellas los desgraciados.

Marqués. Es V. tambien filantrópica.

Matilde. Soy, marqués, lo que las circunstancias exigen de mí.

Marqués. Este es el mejor método para vivir bien en la tierra.

Matilde. Ya sabe V. que pretendo ser un tanto diplomática.

Marqués. Lo es V. mas de lo que me figuraba, Matilde.

ESCENA VI.

Los mismos, Julian y Pablo.

(Pablo se presenta vestido con suma sencillez).

Julian. Señora.

Matilde. (Dirigiendo una mirada escudriñadora á Pablo). Adelante.

Marqués. (A Matilde). Qué querrá ese hombre?

Matilde. Veremos.

(Pablo se adelanta saludando con respeto, pero con cierta arrogancia).

Pablo. Sabia ya de antemano, señora, que me costaria mucho llegar hasta aquí, pero un asunto del mayor interés para V. ha producido en mí esta pertinacia.

Matilde. Espliquese V.

Pablo. Es necesario, señora, que estémos solos.

Matilde. Solos!

Marqués. (Vivamente). Y lo consentirá V., Matilde?

Matilde. (Al marqués). Mis criados no están lejos. Permítame V., marqués, que descifre completamente este enigma.

Marqués. Pero.....

Matilde. Se lo ruego á V.

Marqués. Volveré, pues, dentro de dos horas á tener el gusto de acompañar á V. á la tertulia del ministro.

Matilde. Me hará V. mucho honor, marqués.

Marqués. Hasta luego.

(El marqués sale mirando á Pablo con curiosidad. El último aparenta no observarlo. Por una señal de Matilde, Julian desaparece tambien moviendo la cabeza con ademan de inteligencia).

ESCENA VII.

La condesa y Pablo.

(La condesa se sienta cerca de una mesa y guarda en su mano una campanilla.

Matilde. Ya ha conseguido V. lo que deseaba. Le escucho á V.

Pablo. Debo principiar por una narracion, señora, para llegar al objeto de mi visita.

Matilde. Pero supongo que será corta.

Pablo. Efectivamente, señora, los recuerdos me evitarán muchas palabras.

(La condesa le mira sorprendida).

Matilde. (Aparte). Nunca he visto á este hombre.

Pablo. (Continuando). Se acordará V., señora, que en el año de 1834 habia en Lóndres una cantatríz.....

(La condesa se estremece).

Pablo. Que aunque muy jóven, hizo furor por el efecto de su voz.

Matilde. Prevengo á V. que las historias me causan, y además no podria escuchar ninguna en este momento.

Pablo. Sin embargo, señora, de la que voy á referir, seria muy fácil que dependiese la felicidad de V.

Matilde. (Trémula). Si fuese así.....

Pablo. Suplico, pues, á V., señora, me escuche con un poco de paciencia. Procuraré ser lacónico.

Matilde. No hay remedio; es preciso que sepa quién es este hombre y lo que quiere. Podria perderme. (A Pablo). Me resignaré para serle á V. gustosa hasta el fin.

Pablo. (Con sutil ironía). Se lo agradezco á V., señora.

Matilde. Prosiga V.

Pablo. Aquella cantatríz habia adquirido triunfos sin número, y entre sus muchos apasionados tuvo á Milord Leyden, que fué el escogido.

Matilde. (Forzándose para sonreir). En fin, la historia parece ser divertida.

Pablo. (Imitando la sonrisa). Oh! si señora. La cantatríz estaba loca de Milord, deliraba por él, señora. Pero llegó un dia de fatal memoria.

(La Condesa se agita de mas á mas).

Pablo. En que Milord desapareció. La cantatríz se halló abandonada y tenia motivos imperiosos para lamentarlo con el mas profundo dolor. Fué este tan intenso para ella, que por un arranque de desesperacion, al llegar á su casa del teatro, y al leer una carta que dejó Milord, corrió hácia el Támesis y se echo al agua.

(La Condesa se impacienta).

Pablo. (Continuando despues de una pausa). Pero felizmente para ella, un hombre que por precision tenia que estar iniciado de su historia por motivos que ahora dejaré de referir, la habia seguido de cerca, y echándose tambien al Támesis, la sacó del agua, la metió en un coche abrigándola bien, y la

condujo á su casa, donde á fuerza de cuidados volvió en sí.

(La condesa mira despavorida á su alrededor y dice asustada).

Matilde. Hable V. mas bajo.

(Pablo la obedece acercándose á ella).

Pablo. Ese hombre que la habia salvado desapareció tambien para la cantatríz antes que ella supiese quién era el que lo habia hecho. Y ese hombre, señora, que era simplemente un jóven criado de estremada confianza de Milord, amaba con frenesí á la cantatríz, la idolatraba mas que su amo.

Matilde. (Con desprecio). Un criado!

Pablo. Y este soy yo, señora.

Matilde. (Levantándose irritada). Tiene V. valor para decirlo?

Pablo. (Con dignidad). Señora, acaso el corazon de un hombre que la fortuna no ha protegido, no imprime los mismos latidos que el de otro cualquiera?

Matilde. Concluya V. pronto.

Pablo. Señora, y si ese hombre fuese un miserable y revelase á todo Madrid.....

Matilde. Silencio!!... Qué pide V.? Desea V. oro?....

Pablo. (Con dignidad). Señora, mi mision no es la de un mendigo.

Matilde. Esplíquese V., pues.

Pablo. (Con dulzura). Tengo una hija, señora, un ángel de bondad y de hermosura que es tambien artista como lo fué V. un tiempo. Se dedica á la música y podria ser ya una profesora de piano.....

Matilde. (Con impaciencia). Y quiere V. colocarla en una buena casa. Está muy bien, me ocuparé de ello.

Pablo. Quiero mas.

Matilde. Cómo! Pretenderia V.....

Pablo. Que se la ponga V. á su lado, que la presente V. al gran mundo, que la abra V. un porvenir brillante, espléndido como el que V. ha sabido crearse.

Matilde. Dios mio! Este hombre delira.

Pablo. Hasta ahora, señora, ha ocultado V. profundamente los misterios de su existencia satisfaciendo todos sus deseos. Se la cree á V. la viuda de un embajador inglés que casó en España; ha heredado V. por suposicion el gran título de condesa de Haltoff, y la mas alta nobleza la recibe á V. con agasajo en sus salones. Supo V. conservar sus riquezas, aumentarlas y emplearlas cuando era debido. Todo se ha realizado como V. lo apetecia, pero un lijero soplo podria derribar los trabajos acumulados desde hace pasados veinte años.

Matilde. (Aparte con inquietud). Tiene razon.

Pablo. Y como amo con toda la efusion de mi alma á mi hija María, quiero afianzar de este modo sólidamente su posicion.

Matilde. (Aparte). Insolente.

Pablo. Admitiéndonos al instante en su casa como parientes de un intimo amigo de su difunto esposo que han viajado de incógnito, todo quedará arreglado. Despues le diré á V., condesa, por qué me he visto en la precision indispensable de presentarme aquí con tan estremada sencillez.

Matilde. (Aparte y serenándose). No me compromete mucho lo que me propone. Pronto me vengaré.

Pablo. Qué determina V., señora?

Matilde. (Con afectacion). Bien, muy bien; esto me será aun agradable por muchos estilos. Tendré compañía, hasta que espero convendrá á V., que volvamos á separarnos.

Pablo. Quizá sea antes de lo que V. imagina.

Matilde. Pensaremos en ello con detencion.

Pablo. Siendo así, voy á presentar á V. al momento á mi hija. Me espera muy cerca de aquí.

Matilde. Si aguardásemos.....

Pablo. Presumo que no, señora, porque la suposicion será mas natural; podrá V. dar mejor sus órdenes, y creo además que se alegrará V. de saber luego qué fué de Milord.

Matilde. (Con resignacion). Es verdad, me lo contará V. todo.

Pablo. (Dirigiéndose hácia la puerta). Los criados....

Matilde. Entiendo.

(La condesa tira de una campanilla).

ESCENA VIII.

Los mismos y Julian.

Matilde. Julian, este caballero desde ahora tendrá libre entrada en mi sala.

Julian. (Saludando). Está muy bien, señora.

Pablo. Vuelvo al instante, condesa.

Matilde. Esperaré, pues.

(*Pablo y Julian se van*).

ESCENA IX.

Matilde.

Matilde. Oh! Dios mio, ese hombre infernal que aparece en mi camino como una sombra vagarosa, tiene mi destino entre sus manos, pero sabré desembarazarme de él y de su hija. La revelacion de mi pasado seria un golpe de muerte para mí. Me consideraba tan segura despues de quince años que han doblado mi edad! Yo entonces era tan jóven! Aquella época fué muy encantadora para mí, pero prefiero el presente lleno de elevacion, de grandeza y orgullo. Siempre pretendí llegar donde me encuentro. Oh! perder lo que tanto me cuesta! No, jamás. Debo plegarme, debo sucumbir interinamente, despues me levantaré sobre esos infelices pigmeos que pretenden avasallarme. Ignoran hasta donde llega la astucia de una mujer. Sé que Milord ha muerto. El confidente y su hija caerán en el abismo. Ay de vosotros si os oponeis á la corriente de mi ambicion!! Si yo me sepultase se-

guirian tras de mí. Debo tranquilizarme. Esto es un pequeño azar, una partida de ajedrez que ganaré. Voy á tomarlo á diversion, y mis planes se realizarán (con altivez). Pronto seré la elevada marquesa del Lago, y la cantatríz de Lóndres habrá destruido todas las dificultades que la han contrariado. (Mirándose á un espejo). Soy aun hermosa, mi edad contribuye á que me supongan mucho talento. Animo, Matilde. Dios te envia los únicos obstáculos que te quedan que vencer, pero llegas al fin de tu carrera.

ESCENA X.

La misma, Pablo y Maria.

(Pablo entra acompañando por la mano á Maria, la cual se presenta con timidez y vestida muy sencillamente).

Matilde. (Aparte con sorpresa). Cuán bella es. (A Pablo). Le felicito á V. por su hija, caballero. Me parece que reune la candidez á sus encantos.

Pablo. Si un hombre puede volverse loco por la posesion de un tesoro, yo ya lo estoy como padre por el que poseo con mi hija.

Matilde. Esto me esplica claramente la conducta de V.

Pablo. Si señora. Por ella daria bienes y vida.

Matilde. (Con sarcasmo). La tuvo V. cuando olvidó sus primeros amores.

Pablo. Es un recuerdo de aquel tiempo en el cual abrigaba tantas ilusiones.

Matilde. (Dirigiéndose á María). Se alegrará V. de vivir conmigo, señorita?

María. Me parece V. muy buena, y acato siempre las órdenes de mi padre.

Matilde. Muy bien. Conozco que él todo lo ha prevenido para hacerla á V. feliz.

María. (Con efusion). Oh! si señora.

Matilde. Voy a dar mis órdenes, y pasarán ustedes al aposento que les destino.

Pablo. V. dispondrá lo que guste, condesa.

Matilde. (A María). Señorita, hasta mañana. Esta noche tengo que ausentarme, pero tendré el mayor placer en demostrarle á V. mi buen afecto. Su padre de V. me salvó la vida y es digno por todos estilos de mi aprecio.

Pablo. Señora!!

Matilde. (Con ironía). Es justicia, caballero.

Matilde tira de la campanilla, y aparece Julian).

ESCENA XI.

Los mismos y Julian.

Matilde. Julian, este caballero y su hija que han querido sorprenderme agradablemente viniendo de incógnito, desde este momento pertenecen ambos á mi familia. Ven á mi cuarto y recibirás mis órdenes. (Dirigiéndose á Pablo y á su hija). Hasta mañana.

(La condesa desaparece seguida de Julian).

ESCENA XII.

María y Pablo.

Pablo. Estás contenta, hija mia, de que mis pronósticos se hayan realizado?

María. Es imposible, padre mio, que sea mas dichosa que antes, porque con sus desvelos de V. y mi posicion de artista veia colmados por el cielo todos mis deseos, pero V. lo ha querido, indicándome que es su voluntad desde hace muchos años y la respeto con profundo acatamiento. Yo no puedo aun adivinar los designios de V.

Pablo. Hija mia: cuando se ha vivido alrededor del gran mundo; cuando se ha merecido la confianza de personas muy elevadas, tambien la ambicion nos sobrecoje; y esta á qué objeto mejor he de destinarla á no ser para tí? Tus cualidades son muy eminentes,

tu mérito merece la auréola de la gloria, pero yo he querido proporcionarte tambien la de la fortuna estando ello á mi alcance. Es, en verdad, una locura de padre; pero, cómo ha de ser, hija mia; en la tierra solo me quedas tú para consolarme de todo lo que he perdido, tú eres el conjunto de todas mis delicias.

María. Sin embargo, yo era tan feliz! Me ha separado Vd. de lo que mas amaba despues de V.; me ha sacado de aquella posicion en que la música venia á dorar mis ensueños. Yo solo pretendia ser artista, adquirir este nombre que completaba mis esperanzas. Queria conocer el mundo, pero subiendo los escalones que me hubiese franqueado mi mérito. Será tambien orgullo, padre mio; pero yo queria debérmelo á mí misma, entretejer con mis propias manos la corona de la recompensa.

Pablo. María, el génio en cualquiera posicion se distingue. La tuya será brillante.

María. (Distraidamente). He obedecido y si alguna inquietud ha nacido en mi corazon, la ha sabido V. calmar prometiéndome que mi menor descontento bastaria para que volviésemos á la vida de antes.

Pablo. Lo repito, hija mia, pero anhelo que te esfuerces para complacerme.

María. No ignora V., padre mio, que sabré hacerlo.

Pablo. María, una nueva estrella luce desde hoy para tí en el firmamento. Si se ofusca, siempre encontrarás la que brilló ya antes sobre tu cuna. Ensayemos los efectos de esta, y si es fugaz, no dejará de alumbrarnos la que jamás se apagará durante nuestra existencia.

María. Ya vé V. que estoy sumisa.

Pablo. Sabré guiarte y comprenderte. Conozco hasta dónde llega el sacrificio que haces obedeciéndome. Corresponderé á él con todo el cariño que te profeso.

María. Ojalá no se haya V. equivocado en escoger el camino que ha de labrar mi dicha.

Pablo. Todo lo tengo previsto, María, y antes de que debamos arrepentirnos del paso que acabamos de

dar, yo escogeré el rumbo que mas nos convenga. Habré ensayado si el alma de la condesa sirve á mis designios. Créeme, María, nuestro destino queda escrito allí en el cielo. Sigámosle sin serle rebeldes, y quizá esté escrito con letras de oro tu porvenir.

María. Cúmplase, pues, la voluntad de Dios.

ESCENA XIII.

Los mismos y Julian.

Julian. (A Pablo). Baron; acabo de recibir las órdenes de mi señora la condesa, y me ha indicado los aposentos que les destina á Vds. Me ha añadido que los mandatos de V. los recibamos como de ella misma. Si gusta V. seguirme.

Pablo. Al momento. Ven, María. Una nueva época empieza desde esta noche para nosotros. Tu padre es un celoso vigilante que jamás te perderá de vista. Ya que el gran mundo se abre para nosotros, entremos en él con la cabeza erguida, y si es necesario saldremos de él del mismo modo.

María. Sí, padre mio, mi alma de artista, no se separará del espacio en que divaga.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

(Se representa en el mismo salon del primero, pero lujosamente iluminado para baile).

ESCENA PRIMERA.

María y Marta.

Marta. Está V. hoy encantadora, señorita. Desde hace un mes que vino V. á esta casa con su señor padre, por todas partes oimos alabanzas dirigidas á usted; mil veces me han llenado las manos de billetes perfumados, que no dudo le prueban á V. cuánto amor inspira, y crea que no hay en Madrid una señorita que sea tan festejada como V. Ya se vé, es V. tan hermosa!

María. Calla, Marta; nada de esto complace mi corazon. (Tristemente). Es verdad; hoy hace un mes que llegamos aquí; pero desde entonces no he contado aun ningun dia de completa felicidad.

Marta. Sin embargo, tanto la condesa como su señor padre de V. y cuantos la rodean, hacen los mayores esfuerzos para complacerla.

María. Les estoy muy reconocida, pero la vida que llevamos, me parece demasiado fatigosa. Cuando vine para entregarme al gran mundo, se me sacó de un colegio en que se da la buena educacion

con la mas grande sencillez. Yo estaba acostumbrada á ir libre por los campos, á correr sin inquietud, sin recelo detrás de las mariposas, aspirando el perfume deleitable de las flores. El espacio aquel para mí no tenia límites. Nada me retenia comprimida, ni me hallaba azarosa. Ahora estoy sujeta, sometida á una existencia restrictiva. Ah, Marta, la atmósfera que respiro me oprime y entristece.

Marta. Vírgen Santa! esto parece imposible, señorita. Tan halagada como está V. Si yo tuviese una posicion semejante, seria tan dichosa!

ESCENA II.

Los mismos y Pablo.

Pablo. (Dirigiéndose á María). Ven, hija mia, se te espera en los salones del baile. Voy á acompañarte, porque se observa mucho tu ausencia.

María. Vamos, padre mio; pero es preciso que esta noche me escuche V. Ha llegado la hora de que le haga á V. una demanda. Me siento muy indispuesta, y conozco que mi salud va resintiéndose.

Pablo. (Con inquietud). Al concluirse el baile pasaré á tu cuarto.

(*María y Pablo se van*).

ESCENA III.

Marta.

Marta. Qué cosas tan sorprendentes pasan en la tierra! La señorita María se encuentra enferma de verse acariciada, y yo lloro de no poder llegar donde ella se encuentra. Jesus! Si me hallase mimada de ese modo!

No hay duda que tiene razon Julian cuando dice que el lacayo del banquero es un arrogante mozo, y verdad es que goza de paga doble, pero de qué sirve esa bicoca? Yo quisiera aderezos de brillan-

tes, muy ricos chales y grande tren. Y la señorita se queja! Los mártires la bendigan. Claro está, en esos colegios de Inglaterra, segun dicen, las acostumbran á ser tan tímidas. Nosotras conocemos mejor lo que es bien vivir.

ESCENA IV.

La condesa y Marta.

Matilde. Marta, vé á advertir á Julian que haga preparar mi coche de viaje para despues del baile.

Marta. Marcha V., condesa?

Matilde. Iremos á pasar algunos dias á la casa de campo del marqués. La salud de mi querida Maria lo exije.

Marta. Tengo que acompañar á V., señorita?

Matilde. No, Marta; te quedarás aquí.

Marta. (Aparte y alegremente). Qué buenos dias voy á pasar con Pepe. (A la condesa). Quedo enterada, condesa.

(*Marta se marcha*).

ESCENA V.

Condesa.

(Se sienta abatida cerca de la mesa).

Matilde. Siempre fingir! Siempre la mentira en los lábios! Qué suplicio tan atroz! Es preciso que rompa ya el freno que me retiene. Esas dos personas que han venido aquí en mal hora para descomponer todos mis proyectos y para turbar la paz que me habia labrado con la confianza de alcanzar pronto el fin de mis deseos, me irritan, me exasperan. Todos los ojos se han vuelto hácia Maria. El marqués se ha atrevido á decirme que se habia apasionado de la jóven. Ella le huye, le desecha, pero él insiste, persevera en su intento, y como es un partido muy ventajoso, el padre instigará á la hija para que

lo admita. La union llegaria á realizarse. Esto no. Entonces arrancaria yo la máscara..... pero tambien me perderia. Si se supiese que soy simplemente una cantatríz afortunada, se me repudiaria de los grandes salones. Qué horror! Escarnecida y vilipendiada! Infructuosos quince años de trabajar con el mismo pensamiento. Cuántos sacrificios perdidos! Cuántos desvelos inútiles! Hace algunas noches que esta idea me representa fantasmas asquerosos. Sufro tanto como hace cerca de quince años sufrí. Basta, basta ya de resignacion; es preciso que esos á quienes detesto con todo el vigor del alma se alejen de mí. (Señalando los salones). Allí se divierten, y yo me consumo. Pero Maria tambien padece. Su hermosura se marchita bajo el peso de un dolor secreto. Me vengaré; pero cómo, Dios mio, si temerosa y débil, me asusta la revelacion que puede perderme. El tiempo..... el tiempo me ayudará.

ESCENA VI.

Condesa y el Marqués.

Marqués. Cómo, condesa: todos preguntan por V. en el baile, y la encuentro aquí sola, separada del bullicio, cuando generalmente se apresura V. á presidirnos con su distinguida amabilidad.

Matilde. He venido á tomar mis disposiciones para complacer á V., marqués.

Marqués. Consiente V., pues, condesa, que vayamos á disfrutar por algunos dias del campo?

Matilde. Me intereso mucho por la salud de María, y observo que deperece probablemente á causa del clima.

Marqués. Sin embargo de su languidez, está esta noche interesante como de costumbre. Apenas he podido saludarla de tan rodeada como está de adoradores. Es indispensable confesar, condesa, que es encantadora aunque no reuna los atractivos de V. y su infinito talento.

Matilde. Son inútiles las lisonjas, marqués. Convenga V. en que ha retrocedido á la época de su juventud, y que todo lo descuida para admirar á la rosa en su capullo.

Marqués. Ah! condesa, conozco que los hombres somos muy frágiles. Pero por mi parte no lo estraño. María es un ángel; su candor y su belleza arrebata y hace olvidar la tierra para pensar en el cielo. Perdóneme V., condesa, pero esa jóven es funesta. En sus ojos y en su voz hay algo parecido al sortilegio. Todas las mugeres la temen, y por lo mismo la detestan. Los hombres la siguen atraidos por ella sin saber dónde van. Es, pues, estraño que tambien yo la admire?

Matilde. (Con enfado). Los hombres son Vds. atroces. Todo lo atropellan por sus caprichos. Mañana huellan lo que ensalzaron ayer. Nada respetan ni acatan cuando se apasionan por algun objeto de novedad. Son Vds. débiles, y á menudo hasta ridículos.

Marqués. Por qué, Matilde; la franqueza que ha usado V. conmigo, no la emplearia yo á mi vez para dar á César lo que es de César? María, puesta enfrente de su piano, hace salir sonidos que conmueven y enternecen. Su música es verdaderamente celestial, y no soy yo solo quien la adora en aquellos momentos de inspiracion para ella, de emocion apasionada para todos los que la escuchan.

Matilde. (Sofocada). Basta, marqués. Voy á presentarme al baile.

Marqués. Permítame V. que la acompañe.

Matilde. Es inútil, marqués.

ESCENA VII.

Marqués.

Marqués. Está celosa. Tiene razon, porque Maria eclipsa todo lo que brilla á su alrededor. Me figu-

raba que mis palabras vehementes quedaban estinguidas, y esa jóven ha venido á despertarlas para que se muestren con todo su vigor primitivo. Pobre diplomático, que no sabes estinguir los impetuosos deseos de un capricho nacido rápidamente! Oh! los hombres. Siempre pretendemos gobernar; nos aislamos en medio de nuestro orgullo y de nuestra altivez, y nos negamos á conocer y á corregir nuestras debilidades. Yo mismo, que me consideraba invulnerable para las pasiones, y que salgo vencedor en las mas altas intrigas, me veo sujeto y avasallado por una niña, y sirvo de juguete á su desden. Para no ser asi, es preciso arrancarse el corazon. María no solo es bella; Maria arrebata; me hace olvidar que mi posicion requiere que ahogue los arranques de cuantos sentimientos me impulsan. Pero, por qué María no ha de aceptar mis ofertas? Soy rico y poderoso. Puedo conducirla al sitial de esposa, aunque ya sepa que hay algun secreto en su familia, porque he reconocido á ese hombre que la condesa proteje. Qué importa si todo lo vence el oro, si todo lo oculta este metal? La condesa con su exasperacion proteje mi plan. Me serviré, pues, de ella para realizarlo.

ESCENA VIII.

Marqués y Pablo.

Pablo. (Con amabilidad al marqués). Acaba de decirme la condesa que la bondad de V. ha llegado hasta el estremo de cedernos su casa de campo, para que mi querida María vaya á restablecerse en ella.

Marqués. Efectivamente, y lo hago con el mayor placer, baron.

Pablo. Se lo agradezco á V. infinito, pues ya debe V. saber cuánto amo á María.

Marqués. Lo merece tanto!

Pablo. Sí, marqués. Ella ha llenado toda mi vida de

delicias, y cualquiera de sus menores deseos es un mandato imperioso para mí.

Marqués. (Con ironía). No lo dude, pues me parece que por muchos motivos debe V. respetarla además de quererla.

Pablo. (Con recelo). Querrá V. suponerlo por su talento.

Marqués. Claro está, porque con ellos ha de distinguirse indispensablemente en todas partes.

Pablo. Ha estado V. alguna vez en Lóndres, marqués?

Marqués. Diferentes, baron. El año de 1840 pasé allí una larga temporada, durante la cual me relacioné mucho con Milord Leyden.

Pablo. (Aparte). Ah! (Al marqués). Yo entonces tambien visitaba á esa persona.

Marqués. Cree V. haberme visto en aquel pais, baron?

Pablo. (Con indiferencia). Es muy fácil, ó que viceversa, me hubiese V. visto allí en aquella reunion.

Marqués. O en otro sitio.

Pablo. Tambien es posible, marqués.

Marqués. Fácil será que algun dia nos acordemos del sitio en que nos vimos.

Pablo. (Con intento). Crea V., marqués, que en todo tiempo me será una satisfaccion el estar convencido de que no empiezan ahora nuestras relaciones.

Marqués. Quizá, si le place á V., las estrecharemos mas en adelante.

Pablo. Debe V. suponer que no estará la falta de mi parte.

Marqués. (Despues de un momento de indecision). Y si le pidiese á V. la mano de la señorita María, me la concederia V.?

Pablo. (Afectando sorpresa). Cómo, marqués, mi hija.....

Marqués. Llegará á ser mi esposa si V. lo quiere.

Pablo. (Demostrando sentimiento). Qué fatalidad, marqués; María ama con locura á un jóven en Lóndres, y cualquiera otra union que le propusiese, estoy muy seguro que seria contra su voluntad.

Marqués. No tiene V. ningun medio de hacerla desistir?

Pablo. Su felicidad es la mia.

Marqués. Y si la de V. dependiese de ella.

Pablo. Es imposible, marqués. Yo estoy desprendido de todos los bienes de la tierra, y los que tenia derecho á que me perteneciesen, los he cedido á María.

Marqués. Sin embargo, es fácil que ella varíe sus intentos.

Pablo. (Fingiendo). Si ella conviniese en ello, seria para mí, marqués, un verdadero placer; pero ya sabrá V. que las mugeres buscan su norte, y despues hacen como el imán, jamás lo pierden de vista.

ESCENA IX.

Los mismos y Julian que entra apresuradamente.

Julian. Señor baron, la señorita Maria acaba de desmayarse en el baile.

Pablo. (Con inquietud). Dios mio!..... perdone V., marqués.

Marqués. Vaya V. pronto.

(*Pablo y Julian se dirigen al baile*).

ESCENA X.

Marqués.

Marqués. Todo se opone á mi voluntad. Hasta el padre está de acuerdo para contrariarme. En todo lo que observo hay un gran enredo que procuraré desenvolver. Antes que diplomático soy hombre. En el campo tendré mejores ocasiones para hablar á María. No me lo impedirán los obstáculos de ahora, y venceré su obstinacion, ó si no.....

ESCENA XI.

El mismo y la condesa y Pablo, que entran sosteniendo á María.

Pablo. Hija mia!

Matilde. La atmósfera del baile la ha sofocado. No la dejan descansar un solo instante!

María. (En voz baja á su padre). La condesa.....

Pablo. (A su hija). Todo lo adivino.

Marqués. (Dirigiéndose á María). Señorita, he ofrecido á la condesa y á su padre de V. mi casa de campo para que vaya V. allí á restablecerse. Confio que admitirá Vd.

Matilde. Lo aceptamos, marqués, y vamos á partir á ella al instante.

Marqués. Tendré el honor de acompañar á Vds.

Pablo. Te parece bien, hija mia?

María. Oh! sí. Necesito algun tiempo de libertad, de otro aire que el que me rodea.

Pablo. Pues bien, María; la condesa todo lo tiene dispuesto, y si te hallas con fuerzas para ello, marcharemos ahora mismo.

María. Sí, padre mio; cuanto mas pronto mejor.

Matilde. Voy á prepararme, y mientras que María cambia de trage, daré mis disposiciones.

Marqués. Al momento estoy con Vds.

(*Matilde y el marqués se marchan*).

ESCENA XII.

María y Pablo.

Pablo. Animo, hija mia. Hemos llegado al término de la última prueba que debia hacerte esperimentar. Cuando conozcas el fondo de mis proyectos, me perdonarás el haber probado tanto tu resignacion.

María. Padre mio, los deseos de V. bastarian para hacerme soportar la restriccion en que nos encontramos; pero á falta de otros motivos, la condesa

ha estado muy dura esta noche conmigo, y hace tiempo que conozco que nuestra presencia le es muy incómoda. Me causa todas las humillaciones que están á su alcance, y en verdad ya no podria soportarlas mas. Eramos muy felices antes de que estuviésemos envueltos en tanta grandeza.

Pablo. Me asistian razones muy poderosas para suponer que la condesa poseia un carácter mas humilde, y que tú serias dichosa á su lado, porque un ángel como tú, debe serlo en cualquiera parte; pero la condesa todo lo sujeta á su orgullo, á la altivez que la domina. Lo confieso, María: con ella serias muy desgraciada. Despues de algunos dias de campo, saldremos de aquí para Lóndres.

María. (Con efusion). Marcharemos!.....

Pablo. (Con dulzura). A reunirnos á Arturo.

María. (Echándose en brazos de Pablo). Ah! padre mio; estoy convencida de que me ama V. mucho.

Pablo. Podrias dudarlo, María?

María. Jamás!

Pablo. Vén, van á esperarnos.

María. Oh! ahora tendré valor para soportarlo todo.

Pablo. Mucho amas á Arturo.

María. (Con rubor). Mucho!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO III.

(Se representa en un aposento de una casa de campo).

ESCENA PRIMERA.

Maria.

(María vá cubierta de un peinador blanco. Un candelabro está encendido sobre la mesa).

María. Desde que hemos venido á esta casa de campo me encuentro mejor. El aire aquí es mas puro, la tranquilidad se goza perfecta. Aquí las impresiones de la música, los acordes del piano conmueven el alma, porque á ellos responden los cantos de las aves y el murmullo de las aguas. Si en algo he nacido para el mundo, es para ir en él llevada por la gloria. De qué me sirve el aparato de la grandeza, las adulaciones y el torbellino de la sociedad, si nadie me demuestra comprender lo que siento. ¡Oh ser artista!! Este pensamiento por sí solo, llena una vida entera de deleites. Las inspiraciones que se reciben son un bien que nadie puede sustraernos. Qué importa que no haya oropel á nuestro alrededor si estamos envueltos en los encantos de nuestro triunfo. Arturo tambien es artista y por esto creo que le amo mas. Le amo

tanto! Separada ahora de él he sabido convencerme mejor de que sin su amor no podria vivir. Yo era tan feliz cuando escuchaba su voz sonora y que entregados los dos á la música nos elevábamos á ese cielo que nos pertenece, que es esclusivo para nosotros y en el que florecen llenos de aroma los laureles que nos han de coronar. Sí, Arturo, volveré cerca de tí á consagrarnos al arte para adorarle con la respetuosa veneracion que nos inspira. Pronto me reuniré contigo. Óyeme, Arturo, no seré feliz hasta que me encuentre cerca de tí.

ESCENA II.

(Se oye el ruido de una cerradura, y por una puerta escusada aparece el marqués del Lago.)

María y Marqués

María. (Asustada.) Ah!...

Marqués. Soy yo, señorita, no tenga V. miedo. La continua imposibilidad de encontrarme á solas con V., me ha incitado á obrar así.

María. Cómo, marqués, se atreve V. á penetrar alevosamente en mi cuarto á estas horas?

Marqués. María, cuando una pasion comprimida y desgraciada ha llegado al grado de exaltacion en que se encuentra la mia, ningun obstáculo nos arredra. La amo á V. con frenesí, María.

María. Señor marqués!....

Marqués. Oh! ahora ya no desisto, no me rechazará V. fácilmente. Es preciso que me siga V. Poseo una fortuna inmensa; pues bien, iremos á disfrutarla donde V. quiera. Me ha desechado V., me ha negado resueltamente su mano y hasta la menor palabra de consuelo; pero para mi existencia es indispensable que sea V. mi esposa.

María. Voy á pedir socorro.....

Marqués. Seria inútil, María. La condesa y su padre de V. están en sus aposentos, y los criados no vendrán. Abajo nos espera el coche y me tiene V.

que seguir. Pronto María, venga V., no se resista y haré su felicidad.

María. Jamás, marqués.

Marqués. Siendo así emplearé la violencia.

María. Gritaré.

Marqués. No la oirán á V.

María. Dios me oirá.

(El marqués va para cojer la mano de María. Esta cae de rodillas esclamando).

María. Padre mio!!

ESCENA III.

(Pablo aparece por la misma puerta que ha dejado entreabierta el marqués, y dice con voz récia).

Pablo. Atrás marqués.

(María corre á echarse en brazos de Pablo).

Marqués. (Aparte). Estoy vendido.

Pablo. (Con sarcasmo). De este modo intenta V. hacerse querer de una débil niña? Habia V. olvidado, marqués, que Maria tiene un defensor que nunca la abandona?

Marqués. Osas oponerte á mis deseos, tú, simple criado. Te he reconocido de haberte visto en Lóndres en casa de Milord Leyden hace algunos años, (Pablo se encoje de hombros). Mi memoria es demasiado feliz para no acordarme de ello. Atrás villano!

Pablo. Villano es aquel que falta á las leyes del honor.

Marqués. Sabré castigarte.

Pablo. (Con ironia). Marqués, soy naturalizado inglés, aunque muy buen español y la influencia de V. se estrellará al quererme atacar.

Marqués. Lo veremos.

Pablo. Vaya V. con Dios, marqués. Si es necesario, pronto nos encontraremos los dos.

Marqués. Te costará cara la insolencia.

(El marqués se dirije á la puerta escusada y observándolo, Pablo le llama).

Pablo. Marqués.

(El marqués se vuelve).

Pablo. (Señalando la gran puerta de entrada). Esta es la salida. Por allí entran los villanos.

(*El marqués se vá*).

ESCENA IV.

(Pablo llama por la puerta que ha salido el marqués).

Pablo. Alberto! Alberto!

(Se presenta un criado con librea).

Pablo. Está dispuesta la silla de posta?

Criado. Todo, conforme V. me lo mandó.

Pablo. Vé, pues, al momento á decir á la señora condesa que ya puede venir para que nos despidamos.

(*El criado se marcha*).

ESCENA V.

María y Pablo.

Pablo. Sí, hija mia; acabo de salir del cuarto de la condesa, y la he dicho que vamos á partir. Pero es preciso que conozca cuán mal ha hecho en obrar con su altivez. Mi deber era cerciorarme de si tú podias ser dichosa con ella; pero me he convencido de cuán desgraciada serias.

María. Gracias, padre mio; V. ha sabido comprenderme, y ya nada mas me queda que desear.

Pablo. Hija mia, tu destino es muy grandioso, la suerte te tiene reservada una inmensa felicidad, y la dividirás con Arturo, con ese jóven, que por su nobleza de corazon es digno de tí. He hecho lo que me correspondia, y espero que el cielo y tu cariño premiarán mis desvelos.

María. Merece V. ser querido como le quiero.

Pablo. Iremos á Lóndres, y despues, si quieres, vol-

veremos con Arturo á establecernos á España. Este pais es demasiado hermoso para que lo abandonemos.

María. Sí, esto completará mi dicha.

ESCENA VI.

Los mismos y Matilde.

Matilde. (Con acritud). Vengo á saber lo último que tiene V. que decirme, Pablo.

Pablo. Mi hija y yo debemos despedirnos para siempre de V.

Matilde. Harán Vds. bien, pues además de otros motivos muy imperiosos, V., Pablo, acaba de desagradar al marqués, y es mi mejor amigo, la persona que mas aprecio y estimo.

Pablo. Señora, su conducta es lo que deberia V. reprobar; pero como no pienso ocuparme de este asunto, pues tengo que hacerlo de otro mas interesante, espero me oiga V. con mucha atencion.

Matilde. No estoy dispuesta á ello. Es ya por demas lo que he soportado, y tampoco (señalando á María) estamos solos.

Pablo. María alejándose de V. para siempre conmigo, sabe desde ayer la historia de V., señora; yo soy portador del testamento de Milord.

Matilde. Su testamento!!

Pablo. (Acercando sillas á Matilde y á María). Siéntese V., señora; antes de separarnos debo contar á V. la última parte de la historia, la cual es la mas interesante.

Matilde. Escucharé, pues, con paciencia por la última vez.

Pablo. Hará V. bien, señora.

(Los tres se sientan).

Pablo. Escúcheme V., señora; es muy sagrado lo que voy á revelar.

Matilde. Diga V.

Pablo. Me remontaré un poco á lo que la dije á V cuando nos encontramos. La noche funesta en la que Milord Leyden se separó de V., le decia en la carta: «Matilde, nuestra hija ha muerto....»

Matilde. (Agitada). Suprima V. estos recuerdos.....

Pablo. Son indispensables. Proseguia la carta de este modo: «Esta muerte fatal rompe los vínculos mas sagrados que nos unian. Mi posicion social en Inglaterra no me permite unirme contigo. Este es el momento mas conveniente á nuestra separacion. Si algo te falta, te lo procuraré, pero ya no nos veremos jamás.»

Matilde. (Impaciente). Suspenda V. esta relacion; la considero inútil.

Pablo. Pero su hija de V. no habia muerto.

Matilde. (Levantándose). No habia muerto!!!

Pablo. Siéntese V., señora, y escúcheme hasta el fin.

Matilde. No; antes es preciso que me conteste V. á una sola pregunta. Vive mi hija?

Pablo. Vive.

Matilde. Y dónde está?

(Pablo coge á María por la mano).

Pablo. Aquí la tiene V., señora.

(Matilde y María se miran estupefactas, y despues de un momento de indecision, se abrazan, esclamando):

Matilde. Hija mia!!

María. Madre mia!!

Pablo. (Enternecido). Ahora, señora, al hombre sin fortuna, al simple criado, al sér que despreciaba V. tan altamente, porque no pertenecia al gran mundo, le corresponde demostrar que debajo de esta capa de humildad y de sencillez, se abriga un corazon muy grande. (Dirigiéndose á María). Me perdonará V., señorita, que la haya ocultado la verdad, y que me abrogase unos derechos que no me pertenecian?

María. (Con cariño). Ah! Pablo, siempre será V. un padre para mí.

Matilde. Conozco, caballero, cuán digno es V. de consideracion.

Pablo. (Con solemnidad). Escúchenme Vds., señoras; voy á cumplir el último deber que me legó Milord Leyden.

María. Sí; revele V. la voluntad de mi verdadero padre.

Matilde. Ahora le escucharé á V. con vivo interés.

(Se sientan, poniéndose Matilde al lado de María y cogiéndole las manos entre las suyas).

Pablo. Aquella noche Milord me confió el querido depósito que sustraia á V., y me dijo: «Cuidarás de ella con desvelo y faltarias altamente á la confianza que te he dispensado siempre si no conservases el secreto.» Yo, señora, escúseme V. que por la última vez lo diga; contra mi propia voluntad me habia enamorado de V. aunque supiese que era un verdadero delirio. Comprendí el dolor, la angustia que tenia V. que esperimentar y participé de ella. Deposité á la niña donde me dijo Milord y corrí á su casa de V. en seguida. V. no me conocia, y no haciendo traicion á la confianza, que se me dispensaba, la esperé á V. ocultamente, y cuando se dirigió V. al Támesis ya sabe V. que la seguí.

Matilde. Es verdad; á V. y solo á V. le debo la vida.

María. Cuántos títulos tiene V. adquiridos á mi afecto, Pablo!!

Pablo. Solo merezco el de leal. Desde entonces me alejé siempre de V. para que mi pasion no me obligase á descubrirla lo que sabia, pero pronto me convencí de que se habia V. tranquilizado. Se retiró V. de aquel teatro para ir al de Milán, y algunos años despues habiendo formado una inmensa fortuna adquirió V. el título de condesa de Haltoff, y como á tal vino V. á su pais, á la córte de España. Las embajadas pusieron á Milord y á mi al corriente de su conducta de V., y por ella

presumió Milord que no se acordaba V. mas ni de él ni de su hija.

Matilde. Sí, he sido culpable hasta este grado, pero la creia verdaderamente muerta, porque Milord me decia en la carta que la habia hecho enterrar en Manchester donde la habia dado á criar á la muger de un colono suyo.

Pablo. Milord habia tomado todas las precauciones necesarias para ocultarle á V. la verdad.

Matilde. Dios se lo perdone.

Pablo. Hace un año que Milord se sintió morir, y me llamó á la cabecera de su cama, y me dijo: «Maria, que se ha criado sin reconocer á otro padre que á tí y en una esfera muy mediana, queda completamente á tu cargo. Pero exijo de tí que la lleves al lado de su madre que vive aun, aparentando tanto tú como ella la pobreza. Si reconoces que puede hacerla feliz la descubrirás el secreto, si consideras lo contrario, te la llevarás contigo y dispondrás como quieras de ella y de su fortuna como si fuese hija tuya. Le dejo depositadas á tu favor en casa del banquero Wilten 50,000 libras esterlinas.» Todo lo he cumplido muy religiosa y estrictamente, señora, pero ahora....

Matilde. Prosiga V.

Pablo. Siento decirlo, condesa.

Matilde. Qué?

Pablo. V. ama demasiado el gran mundo y Maria prefiere mayor sencillez. No lo estrañe V., Maria es una artista completa y no encuentra otro placer positivo que la música.

Matilde. Pero ahora yo lo abandonaré todo para contentar á mi hija.

María. Madre mia!

Matilde. Qué mas podria desear que consagrarme al bien de ella. Antes estaba sola, pero ahora viviré para Maria.

Pablo. Señora, es un gran sacrificio.

Matilde. Dejará V. de ser generoso en este momento, Pablo?

Pablo. No señora, pero delante de mí y hasta el último instante de mi vida, solo debo tener un solo objeto, la señorita Maria y su verdadera dicha.

Maria. Esta será completa al lado de mi madre.

Matilde. Sí, hija mia, desde hoy todos tus deseos serán los mios.

Pablo. Dios mio! será, pues, positivo que puedan consagrarse la una á la otra?

Matilde. Para siempre!

María. De todo mi corazon!

Pablo. Siendo asi voy á dar la órden de que desenganchen la silla de posta?

Matilde. Al momento.

María. (Con rubor). Pero.... y Arturo!

Pablo. No lo he olvidado, señorita, y he creido al instante que su señora madre deseando completamente su bien, consentirá en que dentro dos dias emprendamos un viaje á Lóndres, vayamos á buscar á su futuro esposo y aseguremos las rentas de V. para volver á disfrutarlas á mi querida España.

Matilde. Seria posible que me opusiese á esto por ningun estilo?

María. Gracias, madre mia. Gracias, Pablo. Dios ha querido que sea la mas venturosa mortal.

Pablo. Y yo, señoras, cumpliendo severamente los caprichos de Milord he llegádo á ser un hombre feliz.

Matilde. Porque ha sido V. un hombre honrado.

Pablo. No he hecho mas que seguir los instintos de mi naturaleza.

Maria. Pablo será nuestro compañero, nuestro guia y nuestro sostén.

ESCENA VI.

Los mismos y un criado.

(Pablo se dirije á la puerta).

Pablo. Alberto!.... Alberto....

(Comparece el criado).

Pablo. Que retiren la silla de posta. Ya no marchamos hoy; pero que se hagan los preparativos del viaje para dentro de tres dias.

Criado. Se cumplirá, señor.

(*El criado se vá*).

ESCENA VII.

Pablo. Señoras, quede inscrito en nuestros corazones el dia de hoy.

Matilde. Cómo podré á V. pagarle el bien que me proporciona.

Pablo. Haciendo el de la señorita Maria.

ESCENA VIII.

Los mismos y el marqués.

Marqués. Cansado de esperar á V., condesa, he resuelto venir á encontrarla, y al mismo tiempo á decir al señor (señalando á Pablo), que aunque no es de mi clase, es preciso que tengamos una entrevista.

Pablo. En cuanto á la clase, marqués, soy gentleman inglés, si conviene; pero positivamente caballero español, representante de la casa de Wilten en mi pais, y hombre acostumbrado á no temblar frente de ningun peligro. Relativamente á la entrevista, la considero inútil, pues la condesa le dará á V. esplicaciones que le han de contentar.

Matilde. Sí, marqués; tengo el honor de presentarle á V. bajo otro aspecto á ese caballero, á quien debo la vida y el haberme devuelto á mi hija.

Marqués. A su hija de V.!

Matilde. Que es María.

Marqués. María!!

Matilde. Ya vé V., marqués, que este caballero merece mi mayor aprecio.

Marqués. Y el mio tambien desde ahora, aunque no

conozca los detalles, pero los adivino (dirigiéndose á Pablo y alargándole la mano). Soy noble por todos estilos y las almas grandes las admiro, sea donde quiera que las coloque el destino.

Pablo. De este modo le estimo á V. y le respeto.

Marqués. Me escusarán Vds. una locura..... V., señorita.....

María. Marqués.....

Pablo. Ha sido un desliz. Yo tambien habia cometido parecidos pecados.

Marqués. (Dirigiéndose á Matilde). Habia pretendido, señora, á mi edad, robar á María.

Matilde. Como un mozalvete.

Marqués. Pero conozco, señora, que quien me corresponde es V. La pido á V. su mano.

Matilde. Debo negarla, porque me retiro del gran mundo.

Marqués. Mejor. Sin privarnos de la sociedad, viviremos mas en paz. Lo acepta V., señora?

Matilde. Mi hija.....

María. Madre mia, estoy convencida, que sin embargo de sus atentados, el marqués es digno de V.

Pablo. Señora; el marqués es generoso y debe V. admitir. Pasada la edad de mis pasiones sé juzgar mejor los objetos. Formaremos una familia que será envidiada. Yo me complaceré en verles á Vds. todos dichosos.

Marqués. Condesa!

Matilde. Le cedo á V. mi mano, pero con la espresa condicion de que no me obligará V. nunca á nada que pueda desagradar á Maria.

Marqués. Maria será mi hija.

Pablo. Marcharemos á Lóndres á efectuar tambien el casamiento de Maria con el bello jóven Arturo.

María. Es de su agrado de V., madre mia?

Matilde. Todo cuanto pueda labrar tu felicidad, y ademas Pablo ha sabido procurártela siempre.

María. (Echándose en brazos de su madre y de Pablo). Mi buena madre!... mi querido Pablo. Cuán dichosa soy!

Matilde. Hija mia!

Pablo. Ojalá todos los hombres en cualquiera clase que se encuentren, pudiesen bendecir los dias de su vida como yo bendigo los mios.

Marqués. Pablo; Dios premia á los hombres sin distinguir las clases.

FIN.

OMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO DE 8.º

.bate l' Epeé.
.celina.
.dolfo y Clara ó los dos presos.
.gamenon (tragedia).
.li-Bek.
.mantes generosos.
.mor y la intriga.
.varo (el).
.ella labradora.
.alifa de Bagdad (ópera).
.ecilia y Dorsan.
.hismoso (el).
.lementeina y Desormes.
.onde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solleron y su criada,
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

.mor por el tejado ó la Marcela.
.ndaluza en el laberinto.
.tahualpa (tragedia).
.lanca y Montcasin (id).
.osque peligroso.
.ruto ó Roma libre (tragedia.)
.abeza de bronce.
.adma y Signoris.
.alavera (el).
.aliche.
.amila (tragedia)
.asamiento por fuerza.
.astillos en el aire.
.itas (las).
.itas debajo del olmo.
.ocinero (el) y el secretario.
.ondesa de Castilla.
.onjuracion de Venecia.
.ontrato anulado.
.oquetismo y presuncion.
.ostumbre de antaño.
.uantas veo tantas quiero.
.eber y la naturaleza.
.. Dieguito.
.. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña Maria Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Edipo (tragedia).
Eduardo y Federica.
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Guzman (tragedia).
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita,
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (id).
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (id).
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia).
Raquel (id).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del jugad
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posa
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la).
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo do Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del hon
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.